

La infancia vulnerada: lecciones para después de una pandemia

Jon Echeverría E.

Sumilla

Este texto sintetiza los efectos de la pandemia en la infancia y en la adolescencia, así como en los oficios que las atienden, planteando esta crisis como una oportunidad para rediseñar el sistema, apoyándose en el enfoque de derechos como estrategia metodológica. Para ese viaje, la cooperación y la interdisciplinariedad es básica.

Introducción

Escribo este artículo con las noticias de fondo que proclaman la salida del túnel pandémico. Parece que los datos mejoran al ritmo de la vacunación y, con toda la prudencia necesaria, se plantea ya la reconstrucción de unas sociedades que se han visto desbaratas. La vida se interrumpió, el mundo se encerró y la globalización quedó en suspenso. La COVID-19 impactó en todos los ámbitos y a todas las personas, aunque, como siempre, las más frágiles se vieron más dañadas. Y no todos los países van a salir de la misma manera, ni al mismo tiempo; el desgaste sufrido por las estructuras y por las personas llevará mucho esfuerzo rehabilitar.

Han pasado muchas cosas en este tiempo y todas las tendencias que se venían fraguando se exacerbaron (la desigualdad, la digitalización, la mengua del espacio público compartido, la reducción de la transversalidad, la crisis del empleo, la vulneración medioambiental, los cambios de paradigma en todos los órdenes de la vida, etc.). Perdimos muchos meses (fue como un agujero negro) y a muchas personas, que se quedaron por el camino. Fue una prueba de resistencia personal y colectiva, y a pesar de todo, tenemos ahora la oportunidad de revisar nuestras ideas y nuestra forma de organizarnos. Tenemos que dar un giro a nuestras sociedades y hemos al fin entendido que «en solitario no podemos seguir adelante», así que después del silencio y el

temor, del recogimiento y de la impotencia, debe llegar la acción organizada para instaurar una «ética del cuidado»¹ que nos ayude a estructurar en todas partes unas colectividades más habitables. Este texto se fijará en la atención a la infancia y a la adolescencia, en sus aciertos y errores, y en sus grandes vacíos a lo largo de esta crisis sistémica.

COVID-19 e infancia

Cuando llegaron las primeras y confusas noticias de esta terrible pandemia, nadie imaginaba lo que se nos venía encima. Hubo que tomar decisiones tremendas en pocas horas, intentar coordinarse y hacer equilibrios que seguro no iban a satisfacer a nadie. Se corrían dos riesgos contrapuestos pero compatibles: no hacer lo suficiente y no impedir muertes, o hacer en exceso sin motivo. Había que tomar medidas con urgencia y no existía un guion claro de lo que había que hacer. Se cometieron muchos excesos y también muchos aciertos, pero en realidad el sistema fue capaz de mantenerse, mal que bien, garantizando los suministros y los servicios esenciales. Claro está que, dependiendo de la capacidad de cada país, de sus recursos y de la fortaleza de cada Estado, se lograron más o menos éxitos. Hubo también mucha demagogia, algunos rumbos que se tomaron fueron muy irresponsables y la crisis política ya existente se agravó en todo el planeta. Así que reconocemos la gravedad y la dificultad de gestión de esta crisis, que para nosotros ha sido un examen de nuestros sistemas de atención a la infancia y a la adolescencia. De esta manera trataremos el asunto, no tanto como una crítica feroz de esta época tan convulsa, sino como un acicate para la transformación. No podemos dejar pasar esta oportunidad de reiniciar el sistema, sabiendo que, en cada país,

¹ Camps, Victoria. *Tiempo de cuidados: otra forma de estar en el mundo*. Barcelona: Arpa & Alphil, 2021.

el sistema es más o menos robusto y tiene necesidades distintas. El balance que planteamos aquí se refiere a España y a Europa, pero tiene en cuenta las múltiples realidades latinoamericanas que hemos ido siguiendo día a día a través de nuestras contrapartes y colegas en varios países, también, cómo no, en el Perú, con quien nos unen profundos lazos y experiencias en común².

Podemos empezar diciendo que durante la pandemia los niños, niñas y adolescentes no fueron tenidos en cuenta, ni se pensó en sus necesidades más específicas. Se ha banalizado el encierro («en la casa estamos a salvo, hemos vuelto al nido»), no sabiendo medir los efectos de tantos días sin lazo social y sin poder acompañarlos/acompañarlas con la intensidad que precisaba la situación. Después de reivindicar durante años que los niños y las niñas no son propiedad de sus padres y madres (que son del mundo, y que necesitan de la comunidad, de otros, para crecer y para hacer contraste con sus familias), resulta que con la pandemia las/los dejamos en casa a su suerte³.

En España el encierro fue muy estricto. Los niños y niñas no podían salir al portal o a dar una vuelta a la manzana, pero sí las mascotas (se hablaba de perros exhaustos de tanto paseo). Y claro

² La Asociación Navarra Nuevo Futuro es una entidad calificada por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), que comparte proyectos de cooperación con entidades como desco, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, en el Perú, y con otras contrapartes en Haití y en El Salvador. Además, participa con educadores y educadoras de calle de América Latina en la red Dynamo International Street Workers Network (dynamointernational.org), y durante el periodo 2020-2022 de manera especial con el proyecto Américas: Incidencia política y promoción de redes para promover el enfoque de derechos y la perspectiva de género en la educación de calle, con el apoyo de la Unión Europea - Erasmus + Capacity Building (laboeduca.org).

³ Recordamos que en España tuvo un cierto eco el llamado «pin parental», impulsado por los representantes de la extrema derecha en algunas comunidades autónomas que proponían una autorización explícita de los padres y madres para recibir en la escuela contenidos sobre relaciones Norte-Sur, género, educación sexoafectiva, etc. Efectivamente, los niños y las niñas tienen que recibir formación e información lo más amplias posibles, a veces no coincidentes con los valores familiares. De eso va la democracia.

que el tamaño de la vivienda, la luz y los espacios de esparcimiento del domicilio son muy desiguales. Es por ello que si bien hubo infancias que hasta disfrutaron durante el confinamiento, muchos niños y niñas estaban hacinadas en pisos pequeños o sometidas a mucha presión por la pérdida del empleo de sus padres y madres, o padeciendo la agresividad inflamada y machista, o la falta de recursos básicos. Y hubo infancias que padecieron todas esas presiones al mismo tiempo. Por supuesto el cierre de las escuelas era evidente, pero se tardó mucho en reaccionar. Hubo todo tipo de comportamientos por parte del personal docente: heroicos, compasivos, proactivos, dinámicos e inventivos, y también rácanos, huidizos y ausentes. Se puso mucho el peso en las cuestiones académicas (necesarias claro) y en la dotación de soportes informáticos, pero hubo un vacío emocional... se tardó mucho en llamar al alumnado y a las familias (en muchos casos no se hizo), en preguntarles cómo se encontraban, qué necesitaban, en ayudarles a dar sentido a lo que estaba pasando. Digamos que el mundo se había derrumbado, que estábamos en casa y cuando se retomaron las clases se continuó con el programa, sin sintonizar y sin elaborar la experiencia rara que se estaba viviendo. En algunos momentos temimos que este comportamiento fuese a tener graves consecuencias; si ya existía una cierta desafección con la escuela, esta frialdad, esta falta de contacto directo con los maestros y las maestras, podría traer mayor distanciamiento. Menos mal que, pese a las resistencias de todo tipo, las escuelas se abrieron en el curso 2020-2021, con buena organización y buenos resultados; nunca fue un espacio de contagio masivo y se demostró que el sistema escolar es el último bastión de lo público, que es el centro neurálgico de la socialización de la infancia y de la adolescencia. La baja autoestima de la escuela subió y ya no hay duda (esperamos) de que hay que reforzarla y extenderla.

La educación social también se vio comprometida y fue muy dispar en su reacción. En muchos municipios se encargaron de

repartir tareas escolares y de dar apoyo de todo tipo, pero en otros se les prohibieron las salidas, por lo que algunas/ algunos educadores sociales tuvieron que hacerse voluntarios de organizaciones humanitarias para poder seguir dando apoyo a las familias. Estas son paradojas chocantes y parece que la profesionalización del sector social no es suficiente para que se le considere algo esencial.

Esta falta de referentes adultos y de contenedores comunitarios hizo subir la tensión en muchos hogares, y la angustia por el futuro se disparó. Se hablaba de muerte, pero no se «veía» en los medios de comunicación; se anularon los ritos y las despedidas, y los contactos físicos... todas esas cosas que, sobre todo en las culturas sureñas, eran fundamentales, desaparecieron de un plumazo, sin sustitución. Así se creó un vacío. Un vacío de tiempo y de sentido. Y en las cuestiones más materiales (la caricia también se incluye en lo material, es cuerpo), se vivió con mucha más precariedad. Porque en nuestras sociedades mediterráneas y latinoamericanas, a pesar de sus diferencias, la familia extensa es aún un soporte de protección social muy importante. Por ejemplo, el 2008 en España la familia amortiguó mucho el efecto de la terrible crisis financiera y en América Latina no se entiende la supervivencia sin esa cobertura. Pero en este caso de pandemia, los lazos se cortaron e introdujeron nuevos elementos en el tablero. Y la infancia vivió esta alteración de los hábitos, sumergiéndose ya en un cambio cultural muy profundo: la individualización, el abandono del espacio público, la digitalización (del ocio, de las relaciones) y en un notable cambio en las expectativas y en las aspiraciones. Estas tendencias generalizadas ahora oscilan entre dos comportamientos extremos: adolescentes muy retraídos, que se encierran en su cuarto, que no se exponen presencialmente, que se protegen tras las pantallas; y adolescentes muy expansivos, que «pasan de cero a cien», que se desbordan en la calle, con poco autocontrol y poca aceptación del límite. Por supuesto, la mayoría está en la zona intermedia. Pero lo que ha sorprendido es que después de un tiempo tan

difícil, de tanta contención, no haya habido grandes explosiones incontroladas (en España se ha hablado de los botellones, pero en realidad no han sido tantos ni tan tremendos). Todo el mundo se ha portado bastante bien y ha sido llamativa la adaptación de las y los más jóvenes a las restricciones, a las normas y a las limitaciones. Han sido «muy buenos hijos/hijas», pero la resaca será larga, y los efectos serán a menudo graves y persistentes. Probablemente los malestares fraguados en estos meses tomarán formas nuevas en los casos más graves (violencia gratuita hacia el exterior o violencia hacia uno mismo) y tonos bajos con expectativas muy reducidas. Hay una corriente subterránea con mucha fuerza, pero invisible, que recorre nuestras sociedades y que traerá cambios en las lógicas con las que nos seguimos moviendo. Esa corriente está hecha de novedades sociológicas, de nuevos síntomas, de emociones sin encauzar y también de oportunidades. Pero toda esa energía está todavía oculta, veremos cómo se va asentado y expresando.

Lo que es claro es que no se tuvo en cuenta ni a la infancia ni a la adolescencia, y que no se consultó a las personas que les acompañan. Esa falta de atención indica una cultura adultocentrista, un prejuicio paternalista y, en general, el papel secundario de todo lo que tiene que ver con la infancia.

Incluso después del confinamiento, cuando se empezó a hablar de las políticas de reconstrucción y de recuperación, tampoco se tuvieron en cuenta las cuestiones relacionadas con la infancia y con la adolescencia⁴. Y eso sí que sería una oportunidad perdida, porque cuando pensamos la sociedad con la mirada de la infancia, el conjunto mejora siempre.

⁴ La Mesa Interdisciplinar Covid19 e Infancia y Adolescencia de Navarra trabajó durante más de un año para compartir perspectivas e informaciones sobre cómo la infancia estaba viviendo la crisis sanitaria. También trabajamos propuestas concretas para paliar las restricciones y para vincular a la recuperación la mirada de la infancia. La mencionada mesa tuvo un rol importante en la sensibilización del mundo adulto y en la creación de propuestas renovadoras para el conjunto del sistema. Ver textos en: bit.ly/3ER9uFJ

Algunas lecciones

Una de las lecciones más evidentes que nos ha dejado la crisis de la pandemia es que carecemos de los recursos necesarios para atender correctamente (y de manera global) a la infancia y a la adolescencia. Los pocos recursos que se tienen están desperdigados y bajo un régimen de distribución bastante desigual entre territorios (entre regiones en España, o entre países en el mundo, o entre el ámbito rural y el urbano). Y si bien hay que invertir más y mejor, ello no es suficiente, pues es clave construir los servicios de otra forma. Existen varios ámbitos en los que se atiende a la infancia (el sistema educativo, el sistema de salud, el sistema de protección, etc.) pero cada uno tiene su propia cultura profesional y su propia mirada (sesgada) sobre ella y sus procesos. Deberíamos construir un sector de la infancia en el que pudiéramos cruzar esas distintas culturas y así ser más eficientes. La diversidad de miradas y de objetivos es positiva para la cooperación, pero tienen que estar conectadas, porque los niños y las niñas atraviesan servicios y programas que, en vez de fortalecerles, a veces les debilitan porque las/los dividen.

Hemos reforzado la idea de que es más productivo dejarnos guiar por los derechos de la infancia y no tanto por los síntomas (que hay que atender, pero que no deben marcar el camino). Se trata de ver a los niños y a las niñas como sujetos, con sus necesidades para desarrollarse, siendo desde ahí desde donde actuaremos. Atenderemos las capacidades y el ejercicio de la ciudadanía, y si por ejemplo un niño/niña no consigue avanzar en su escolaridad, no le culparemos a él/ella, sino que tendremos que revisar nuestros programas, porque tiene derecho a la educación. Porque los derechos de la infancia obligan a los Estados (y a los adultos). Pero no pensemos que la cultura de los derechos es una cultura permisiva que promueve la aristocracia infantil. Eso es un malentendido. La cultura de los derechos considera que la infancia necesita de límites y de reglas educativas, que el

acompañamiento supone contraste, pero siempre desde el respeto y el buen trato. Las y los colegas de América Latina nos han formado en esta perspectiva, que en realidad lo cambia todo. Aunque sigamos haciendo lo mismo, hacerlo desde los derechos cambia la profundidad y la posición educativa, siendo así más consistente lo que intentemos hacer.

Podemos resumir aquí las principales lecciones de la pandemia y los principales retos para estos nuevos tiempos⁵:

1. Ya no podemos mirar para otro lado. El **enfoque de derechos** (que basa su acción en la ciudadanía de niños, niñas y adolescentes, y no en su sintomatología) es un buen instrumento para la acción. Debemos implementarlo y explotarlo al máximo.
2. Si el sector de atención a la infancia y a la adolescencia no tiene peso ni voz, es porque está disperso en multitud de departamentos y de ámbitos de trabajo. Hay que lograr que **toda esa energía se conecte y que establezca un programa común**, integrando matices y diferencias.
3. El **trabajo en red** no puede depender de la voluntad o talento de las personas. Debe ser algo **estructural y estratégico**.
4. Las necesidades educativas y sociales no pueden segmentarse. Para tener éxito escolar hay que tener una buena «higiene» emocional y una socialización positiva. **La educación formal y la educación no-formal deben integrarse** (y extenderse e intensificarse). La integralidad de las políticas es una prioridad.

⁵ Estas claves aparecen en el último documento producido por la Mesa Interdisciplinar Covid19 e Infancia y Adolescencia de Navarra. Ver: Lecciones para una pandemia La atención a la infancia y adolescencia en la crisis de 2020-2021. En: bit.ly/3wuhs4D

5. En esta integralidad se necesita un despliegue de **personas adultas de referencia**, en diferentes niveles y escenarios, para acompañar, inspirar y promover a la infancia y a la adolescencia. Su autonomía es el objetivo, pues no se trata de tutelar sino de ofrecer experiencias significativas, aprendizajes y afectos que permitan un desarrollo saludable.
6. Este reto requiere trabajar con las familias, tenerlas en cuenta, darles apoyo y voz, contraste y complementariedad. Las familias solas «no pueden». Ninguna de ellas.
7. Los equipos que atienden a la infancia y a la adolescencia deberán estar presentes en los foros de decisión en todos los niveles a la hora de evaluar políticas y de establecer estrategias.
8. No dudar nunca más de la **importancia de la presencialidad** en las tareas educativas y sociales. Ni en la necesidad de ofrecer actividades al aire libre, tanto deportivas como culturales, aunque no sean para el currículo. Y si bien durante el confinamiento no se podía salir, después igual se redujeron las actividades al aire libre, no viéndolas como fundamentales. Ni siquiera en tiempos de normalidad estos programas estuvieron muy extendidos.

Así pues, se necesita más promoción (desde la normalidad de los derechos y desde la comunidad) y más políticas transversales que tengan un impacto directo en el bienestar de la infancia, así como el aumento de la formación y la profesionalidad (condiciones dignas) de las personas que trabajan en primera línea acompañando a niños, niñas y adolescentes. También es necesario que la red funcione, con respeto, flexibilidad y diversidad⁶. Y no olvidemos

⁶ Se pueden ver algunas propuestas en este sentido en las publicaciones del Laboratorio de innovación socioeducativa de Asociación Navarra Nuevo Futuro, en: laboeduca.org. Y ver, sobre todo: Cortina, Adela. *Ética cosmopolita. Una apuesta por*

tampoco la cuestión de la participación, debiendo dejar espacio y apoyar la autoorganización de niños, niñas y adolescentes, tal como sucede en el Perú, donde hay un fuerte movimiento asociativo adolescente y juvenil.

Coda: el diálogo transoceánico

La última conclusión tiene que ver con el enfoque global de esta reconstrucción, porque el mundo se ha estrechado e interconectado de manera radical. A pesar de las tentaciones de repliegues identitarios y nacionales, la transversalidad de la infancia nos puede ayudar a mejorar el mundo. Podríamos hablar de una diplomacia de los derechos de la infancia que alimentaría unas relaciones más positivas entre países. Nos referimos a la multilateralidad, a la cooperación Sur-Sur; a las instancias regionales de integración, como la Comunidad Andina; o a la cooperación internacional con los organismos internacionales y/u Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que ya se encuentran en el Perú realizando diferentes acciones que contribuyen a la igualdad y a la promoción de derechos. Tal es el caso del convenio «Restitución de los derechos vulnerados en niñas, niños y adolescentes promoviendo la cohesión social en el desarrollo de los sistemas locales», que la Agencia Española de Cooperación al Desarrollo (Aecid) financia en el país, en colaboración con ONG españolas y peruanas. También se están realizando otro tipo de cooperaciones, como el refuerzo de redes y de ciudadanía, y la promoción de la perspectiva de género y el enfoque de derechos en varios países de América Latina, apoyado por la Unión Europea (proyecto Américas Erasmus+).

Los retos a los que nos enfrentamos merecen este trabajo en red a nivel global, aprendiendo unos/unas de otros/otras, transfiriendo recursos, apoyando a los gobiernos en organizar sistemas de atención a la infancia y a la adolescencia potentes y eficaces, que se salgan del marco para influir en el resto de áreas ministeriales.

Sin duda, disponemos ya de mucho conocimiento, gracias al cual, si logramos interconectarlo y articularlo en el nivel local e internacional, seremos capaces de avanzar en la promoción de los derechos de la infancia. El esfuerzo merecerá la pena.